

que se había criado en el odio á Napoleon, y que había crecido tratando de desahogar este odio, Gambetta personificaba entonces á los ojos ménos previsores la futura revolueion, diseminada en los aires por las ideas de las nuevas generaciones y por las torpezas y los crímenes del Imperio. Desde el primer acento de su discurso lo comprendió así el auditorio que le escuchaba por vez primera. No se paró Gambetta á considerar ni la inocencia de las manifestaciones del cementerio, ni la legalidad de la suscripcion abierta en los periódicos. Para él todo esto aparecía como inútil, como escusado; el asunto único del debate estaba en la acusacion del fiscal. Allí habia sido citado, allí iba, encendido en odio, armado con la maza de su titánica palabra, tonante más que luminoso, dispuesto á matar ó morir en la titánica guerra. Planteó, pues, el problema en toda su desnudez; preguntó si era lícito con pretexto de salvar la sociedad, romper las leyes y herir á los encargados de defenderlas. Esto no puede sostenerse en ninguna parte, y ménos ante un tribunal de justicia. Un hombre sin conciencia aprupó en torno suyo torba trahilla de hombres sin honor, de aquellos que la historia ha herido con la palabra de Salustio, y que acompañaron á Catilina á los conciliábulos, y á César á las conspiraciones contra la República. Con estos perdidos, con estos perjuros, con estas gentes cargadas de deudas, corrompidas de vicios, se persigue la conciencia en Sócrates, el honor en Thraseas, la República en Caton y se exalta á los traidores y á los tiranos. Pero delante de un tribunal que encarna la conciencia, que se inspira en la justicia, que personifica la ley, no puede, no, el perjurio, el ladron, el asesino encontrar ni absolucion ni misericordia. El dos de Diciembre estaban entre los vencidos todos los hombres de bien y con los vencedores todos los desechos, todos los rebajos de las sociedades humanas. Es claro que la sociedad no ha sido salvada porque haya sido asaltada la nacion. Y no se

diga que la nacion ha aprobado el crimen de Diciembre. Aunque lo hubiera aprobado sería un crimen; pero, valiéndose del telégrafo se engañó á París con las provincias, y á las provincias con París. Se las decia que París estaba sometido, contento, cuando París era asesinado, ametrallado. No habéis de plebiscito: que ni la voluntad de un pueblo puede convertir la fuerza en derecho. Hace diez y siete años que toda discusion sobre aquellos sucesos se suprime y se ahoga. Y este proceso se abrirá todos los dias, hoy, mañana, hasta que la conciencia humana haya recibido su satisfaccion suprema. Vosotros, los dueños absolutos de Francia no habéis osado celebrar el dos de Diciembre como un aniversario nacional, pues nosotros lo reivindicamos, nosotros lo celebraremos como se merece. Habéis dicho, señor fiscal, tened cuidado. No importa. Nosotros no tememos ni vuestras amenazas, ni vuestros desprecios, podeis perdernos, pero no podeis ni abatirnos ni deshonrarnos. Una voz interior, á la cual no llega ninguna fuerza nos dice que somos el derecho; y el despertamiento de la opinion nos anuncia que seremos la Francia.

La audacia de estos pensamientos; el valor que se revelaba en quien los decia con tanta elocuencia y los sustentaba con tanto ánimo; la sonoridad de aquella voz tempestuosa; el gesto de aquel orador dantoniano; el juicio fulminante lanzado contra el Imperio; las evocaciones plásticas y vivas de su desastroso advenimiento; el relampagueo de la revolueion reflejado en el brillo siniestro de aquellas ideas amenazadoras; el trueno de la cólera popular repetido en el rugir de aquella garganta de leon; todas estas ventajas propias, y otras muchas que resultaban del proceso, del momento, de la complicidad de los magistrados con los reos; del odio universal extendido contra el César, de la agitacion pública, dieron al discurso de Gambetta en el instante mismo de pronunciarlo un triunfo ruidoso, y despues de haberlo pronunciado,

una reputacion permanente. La escena fué conmovedora. El poder de la palabra alcanzó que se olvidara la presencia del Tribunal. Los acusados se echaron todos en brazos de su elocuente defensa; el público, perdido el temor de que lo expulsaran, atronó el recinto con sus aplausos y con sus aclamaciones; el entusiasmo se comunicó á los alrededores, á las afueras, llegando hasta las calles y plazas vecinas los vivos al nuevo orador, desconocido el dia antes y elevado en aquel rapidísimo minuto á la categoría de jefe de partido; y los magistrados mismos, vencidos por la energía de la arenga, y magnetizados por los efluvios del entusiasmo, no solo dieron rienda suelta á la manifestacion, sino que se asociaron al triunfo. El orador, unas horas antes desconocido, se elevó en aquel momento supremo á la direccion de la política republicana en Francia.

Pues á pesar de este triunfo, todavía lograron que se les oyera con atencion y se les aclamara con fervor los oradores siguientes: tanta era el ánsia de escuchar protestas contra los crímenes del Imperio. El abogado Clemente Laurier, menudo de rostro, vulgar de figura, con escasos atractivos en la voz, con menores todavía en el gesto; de mucho ingenio, y de mayor travesura que ingenio, mal seguro en sus ideas, y segurísimo de servir siempre sus propias ambiciones; con todas estas desventajas físicas y morales, alcanzó largos aplausos en su discurso, lleno de profundas ideas. Tuvo, sobre todo, una comparacion felicísima que rayó en lo sublime. Shakespeare ha expresado como nadie el terror trágico cuando lady Macbeth, cometido su crimen, sale á la escena, soñando con su víctima. «Parece imposible, exclama, que el cuerpo de aquel viejo tuviera tanta sangre. Todos los aromas de la Arabia no podrán contrastar el hedor de esta sangre inocente; todas las aguas del mar no podrán lavar su mancha.» Y en efecto, lo mismo sucederá con la sangre generosa y heroica vertida el

B.

dia Dos de Diciembre. Luego la categoría de su defendido se prestaba á la elocuencia del defensor. Defendia á Challamel-Lacour, publicista insigne, que regentando por derecho propio una Cátedra, salió á la calle con las armas en la mano á defender contra el crimen de los pretorianos imperiales la legalidad, el orden, la República; y vencido por el número y por la fuerza, pasó, como tantos otros, una larga parte de su vida en el dolor y en el destierro. Despues de Laurier vino Leblond, sóbrio de palabra, severo de formas, profundo en la argumentacion, alto y delgado y pálido de figura, sombrío como un remordimiento, y dijo que si el homenaje prestado á la ley, al honor, á la virtud era una maniobra contra el gobierno, demostraba el gobierno su incompatibilidad completa con la ley, con la virtud, y con el honor. Hasta el ménos reputado de todos los oradores y el último en usar de la palabra sobre aquel tema agotado, estuvo felicísimo, comparando los recelos y las persecuciones del Imperio francés con el recelo y las persecuciones de los Emperadores romanos, que ha legado á la execracion de todas las generaciones el sublime lenguaje de Tácito.

Excepto Mr. Delescluze, condenado por reincidencia á seis meses de prision, los reos salieron de aquel proceso libres de toda pena afflictiva y gravados solo con ligeras multas. No podia ser más evidente la decadencia del Imperio. En el proceso contra Orsini ¡qué reserva en el defensor, qué silencio en el público, qué celo en los jueces! En el proceso por la manifestacion á Baudin ¡qué audacia en los defensores, qué odio en el público, qué complicidad de los jueces con los reos! Y no se atribuya esto á las diferencias en la naturaleza del hecho. Si Orsini habia atentado á la vida del César, los manifestantes del Dos de Noviembre habian atentado á su honra. Los bombas de Orsini podian matar al Emperador; y los discursos de Montmartre podian matar al Imperio. Perfectamente lo

24

comprendía el fiscal, cuando á cada palabra directa ó indirecta contra el dos de Diciembre, se levantaba, tendía los brazos, devoraba con la mirada al defensor, le interrumpía, le cortaba el hilo de la argumentacion, se volvía al presidente reclamando auxilio, luchaba con los rumores del público cual naufrago con las olas, y sin poder lograr nada ni de la autoridad ni de la opinion, caía sudoroso, exánime sobre su banco, vencido por la impetuosidad del torrente. Nosotros no comprendemos las corrientes subterráneas que arrastran á su perdicion las instituciones. Como no vemos germinar la semilla hasta que ha logrado con su tallo taladrar la tierra, no vemos las ideas en la realidad hasta que las ideas se han verdaderamente convertido en hechos. Pero el Emperador no cayó en Sedan como creemos vulgarmente, cuando las balas de la artillería prusiana vinieron á quitarle la corona de la cabeza; el Emperador cayó, cuando se apagó sobre las sienes yertas el resplandor del antiguo prestigio, cuando se atrevieron á su persona los escritores y á sus esbirros los clubs y las manifestaciones, cuando la nueva generacion educada en el odio á su nombre, llamó á las puertas de la

vida pública para tomar parte en los azares de la política, y le pidió cuenta estrecha de su libertad perdida, de sus derechos confiscados, de su asesinada República. Inmensa influencia de los grandes escritores, de los grandes oradores en la direccion de las sociedades humanas; y por lo mismo, inmensa responsabilidad. La generacion de 1848 habia sido educada por las historias de Thiers, por las canciones de Beranger, por las obras de Edgardo Quinet y de Casimiro Delavigne en el culto al Imperio; y quizá esta educacion ha traído la sombra del César sobre la cima del trono. Nuestra generacion, al contrario, habia sido educada por los inmortales versos de Víctor Hugo, por los discursos de Favre, por las historias de Laufrey, por los folletos de Laboulaye, en el odio implacable al Imperio. Imposible negar que esta educacion ha derribado al Emperador y ha traído la República. Si los planetas, si los organismos son aire condensado, las sociedades, las instituciones son ideas condensadas. Cuidad, pues, mucho de la luz, del calor, de la electricidad, del oxígeno, del carbónico que hay en las ideas; porque las ideas son la vida del espíritu, y el espíritu es el alma de la sociedad.

CAPITULO IV.

LA AGITACION CRECIENTE.

Viendo el Gobierno de Napoleon aquel desaffo de la opinion pública se empeñó con mayor furia en combatirla y contrastarla. Los periódicos, que se habian asociado tarde á la manifestacion de Baudin, fueron seguidamente perseguidos. Una grande y nueva amargura le estaba reservada al Imperio en aquel proceso: un discurso del viejo orador de lo pasado, de la legitimidad, de la monarquía, que con su peso en la opinion corroborara el discurso del jóven orador de lo porvenir, de la democracia, de la República. Pero el discurso de Berrier no pudo ser pronunciado porque vino la muerte á cortar el hilo de aquella larga y gloriosa vida. Apuesto de figura, bello de rostro, noble en sus ademanes, singular en la flexibilidad de la voz, pronto al entusiasmo, elocuentísimo en los arrebatos de la pasion, rápido en el ataque, generoso en la defensa, talento brillante más que profundo, estético más que científico, rodeado del prestigio que da la elocuencia; con la fortuna de no haber jamás pasado por el poder que gasta á tantos hombres; con el res-

peto que infunde siempre un nobilísimo carácter; habia sido el amante platónico de las monarquías muertas, el cortesano desinteresado de las dinastías destruidas, el apologista de las sociedades ya enterradas, lo cual daba á su palabra todos los colores y todos los matices del ocaso que tiene tanta y tan deslumbradora poesía. A la hora de su muerte, en el momento mismo de partirse para otro mundo mejor, escribió solemne y tierna carta, despidiéndose para siempre de su monarca, y asegurándole que no podia haber hecho más por el triunfo de su causa y por la restauracion de su trono. Parecia que con él se iban los tiempos caballerescos de la antigua monarquía, los salones literarios, la conversacion culta, la fidelidad incontrastable, la aristocracia de la inteligencia elevada al igual de la aristocracia de la cuna, todo cuanto habia de prestigioso y de bueno en la sociedad de nuestros abuelos. Sin excepcion, los partidos rindieron homenaje al talento y á la vida de aquel hombre. Solo el amargo y mal humorado Veuillot se atrevió á insultar su memo-